

## **De cómo se puede escribir una historia apócrifa del Valle de Valdebezana, basando unas elucubraciones en algunos hechos reales.**

El Valle de Valdebezana es un pequeño territorio enclavado en la ladera sur de la montaña del Escudo, en las primeras estribaciones de las primeras montañas de la cordillera Cantábrica.

Administrativamente está situado en el extremo noreste de Burgos, pertenece al partido judicial de Villarcayo, provincia de Burgos, Autonomía de Castilla León y está vinculado con las Merindades. Su capitalidad ha pasado a Soncillo en el primer tercio del siglo XX, desde su anterior ubicación en Hoz de Arriba. Está compuesto por la friolera de veintiséis pueblos con su propio nombre y concejo. Pueblos que, tanto en extensión como en habitantes, más debieran ser considerados como caseríos aislados integradores de un único ente municipal. Está atravesado por las carreteras nacionales que unen Logroño y Madrid con el mar en la capital de Cantabria, y se hermanan en las afueras de Virtus, en la última ladera del Escudo y por la línea del Ferrocarril de vía estrecha Bilbao – La Robla.. Diversas carreteras – antiguos caminos de carro – locales forman su entramado de comunicación interior.

### **Los primeros tiempos: desde los orígenes hasta la Edad Media**

Históricamente el Valle de Valdebezana estuvo situado en el centro geométrico de los territorios dominados por las tribus cántabras, que comprendían los situados en las laderas del Monte Vindio, a los que daba

su nombre y que abarcaban la casi totalidad de la actual Cantabria, gran parte del oeste de la provincia de Vizcaya en la comarca conocida como Las Encartaciones y toda la zona norte de las actuales provincias de Palencia y Burgos hasta más al sur de Oña.

Tolomeo avala la teoría de su ascendencia asiática al situar su origen en el monte de la cordillera indostánica que recibe el nombre de Vindio y en el mismo escrito cita con este mismo nombre a los montes que en la Hispania Tarraconense se encontraban en el extremo oeste del Saltus Vasorum. Así mismo afirma que, “en las tierras altas del Monte Vindio, tiene su nacimiento el Río Ibero”.

Este amplio territorio fue habitado por los cántabros, pueblo que, según unas fuentes, estaba constituido por diversas tribus de origen celta como fueron los Autrigones que habrían colonizado el Alto Valle del Ebro, los Caristios y los Várdulos en el oeste de su territorio. Otras fuentes afirman, principalmente el Padre Fidel Fita basándose en los escritos de Plinio, Estrabón y Tolomeo, que este pueblo era de raza indostánica y estaba constituido por las tribus de los Coniscos, Morecanos, Tamaricos, Valegianos, Vadinienses, Orgenomescos, Aurinos, Blendios y Concanos asimiladas a los más poderosos pueblos celtas, anteriormente citados, en su lenguaje aunque conservaran sus propias costumbres, y tradiciones religiosas.

Según las fuentes consultadas (principalmente Guerrero y Orbe) las altas llanuras y vaguadas del Monte Vindio, en la orilla derecha del río Ibero, en la zona conocida como Roblecedo – aquí se hace notar la abundancia de robledales que pueblan los montes del Valle de Valdebezana – en la parte este de la ciudad romana de Julióbriga, estaban habitados por la tribu de los Vadinienses que tenían su capitalidad, la civitas antigua, en el asentamiento de Vadinia cuya localización es desconocida (¿quizás Hoz de Arreba, asentamiento en un valle muy protegido, cercano al nacimiento

del río Trifón y al amparo de las cuevas de Piscárciano?). Todos los indicios apuntan al hecho de que el Valle de Valdebezana estaba formada parte de los territorios de esta tribu.

Se trataba de una raza robusta y dura que soportaba estoicamente el frío y el hambre, que buscaban el suicidio arrojándose desde una roca cuando ya no se sentían válidos para la guerra, o bien cuando eran hechos prisioneros por sus enemigos para así evitar la esclavitud. Eran de costumbres rudas y muy belicosas que jamás consintieron en reconocer la soberanía de Roma, como tampoco se habían sometido a los cartagineses.

Amaban con pasión sus montañas y estaban organizados en forma tribal o gentilicia, aunque de una manera muy arcaica, según indica Estrabón. Su estructura tribal era marcadamente matriarcal. Las herencias seguían la línea femenina, las mujeres eran las dueñas de la hacienda familiar y labraban las tierras, eran las encargadas de casar a sus hermanos y recibían dote por sus matrimonios.

Su forma de subsistencia era rudimentaria. Mantenían una agricultura muy incipiente, basada en la recolección de bellotas con cuya harina elaboraban una especie de pan. Conocían algunos cereales con los que elaboraban cerveza y practicaban una ganadería primitiva. Se tiene noticia de la cría y pastoreo de cabras, cerdos y caballos.

Eran tribus seminómadas que perseguían el saqueo y el pillaje de los pueblos vecinos de la meseta, aunque levantaran poblados fortificados con empalizadas en los que se refugiaban en caso de peligro.

Ya está documentado el pueblo cántabro, sus costumbres y su ferocidad guerrera en el siglo III a.J.C. Marco Poncio Catón hace referencia al río Ebro que “nace en las tierras de los cántabros”. También Estrabón los cita cuando da cuenta en sus escritos que, cuando Cayo Hostilio Mancino se encargó del sitio de Numancia en el año de 134, por el solo hecho de llegar a su conocimiento que los guerreros cántabros se encaminaban hacia

aquellas altas tierras con el fin de socorrer a la ciudad, levantó el sitio de la población celtibera y se retiró a sus campamentos, únicamente por miedo a la legendaria bravura guerrera de sus atacantes. Sus características raciales de ferocidad y sus virtudes de valor, sobriedad y amor a la independencia están referenciadas en los escritos de autores latinos, el propio Julio César y especialmente Horacio, quien refiere los diez terribles años de guerra en que mantuvieron en vilo a las legiones de Augusto y Agripa.

Los cántabros, junto a los pueblos astures, fueron los últimos pueblos de la península dominados por los romanos. Las últimas guerras de conquista de este pueblo se extienden desde los años 29 al 19 a. J.C., Roma concedió tanta importancia a estas guerras y a la conquista de este territorio que envió contra él siete legiones y otras tropas auxiliares.

Las tribus cántabras se unieron para defender su independencia bajo las órdenes del caudillo Corocota, quien estuvo plantando cara y causando graves perjuicios a las legiones romanas en el espacio de diez años de continuas escaramuzas. En el año 27, el propio Augusto se vio obligado a venir a Hispania con el fin de dirigir las acciones bélicas contra los cántabros.

Corocota había ideado, valiéndose de las características morfológicas del terreno, de la ferocidad y del espíritu guerrero de sus tribus, una estrategia de guerrillas, con ataques por sorpresa sobre las legiones romanas, llevados a cabo sobre varios puntos a la vez huyendo de nuevo a las montañas. Esta forma de hacer la guerra la pudo mantener durante más cuatro años, hasta que en el año 26 Augusto concentró sus fuerzas y se lanzó sobre las poblaciones más importantes. Las principales tribus cántabras fueron cercadas por las legiones romanas en los terrenos de Aracillum (actual Aradillos) – cercana a la costa – y en Véllica – situada en el monte Bermorio al este de Aguilar de Campoo que fue completamente arrasada y entregada como botín a sus soldados por

Augusto , capitales de las tribus, donde Corocota sufrió tan graves derrotas que perdió la mayor parte de sus hombres y se vio obligado a capitular.

Augusto y Corocota se reunieron en el año 25, con el fin de firmar la paz y establecer los cánones de la capitulación en una llanada de las alturas del Monte Vindio, en las afueras de la civitas de Vanidia y que todos los indicios la sitúan en terrenos cercanos al actual pueblo de Virtus.

El valor y la osadía del caudillo Corocota se hicieron tan legendarios que César Augusto llegó a ofrecer la cuantiosísima suma de 200.000 sextercios por su vida. El historiador Dion Casio creó la leyenda de que el cántabro, enterado de esta recompensa, salió de sus montañas para presentarse en Roma para reclamarla para sí. Ante tanta muestra de valor, no solo entregó Augusto a Corocota la cantidad prometida, sino que le perdonó la vida a condición de que jamás volviera sus armas contra Roma.

Al margen de leyendas lo cierto es que después de firmada la paz de Vindio, una gran parte de los hombres cántabros, con el fin de debilitar sus fuerzas, fueron vendidos por Augusto como esclavos en las Galias. Éstos se rebelaron contra sus dueños, se reunieron y retornaron a sus tierras, donde volvieron a sublevarse. Roma lanzó de nuevo sus legiones contra ellos en sucesivas campañas en los años 24, 22 y 20.

Agripa, encargado de la pacificación de las tribus montañosas por Augusto, decidió terminar con el cáncer en que estos pueblos norteños se habían convertido para el Imperio Romano y se lanzó con toda su fuerza contra ellas hasta que logró derrotarlas por completo. Para evitar futuros levantamientos ordenó exterminar a cuantos cántabros eran capaces de llevar armas con lo que logró la paz definitiva. Con el fin de mantener una severa vigilancia de la región, se fundaron dos ciudades romanas, una en cada cabecera de los valles que conducen a las alturas del Monte Vindio. Juliobriga, a las orillas del Ebro y en honor a Julio César de quien tomó su

nombre y la segunda en las llanuras de los altos del Vindio (el Escudo), en honor a Virtus, diosa belicosa que se agrupa en el cortejo de Marte dios romano de la Guerra. Ambas ciudades tuvieron como fines principales los de salvaguardar la paz y promover la romanización de los territorios recién pacificados.

La romanización, a pesar de la presencia de las tropas, no alcanzó en su totalidad a los cántabros del Valle de Valdebezana, muchos de los cuales se refugiaron en valles de difícil acceso, como en los lugares de Arreba, Munilla y Riaño. Con el paso del tiempo perdieron su lengua, pero aún se siguen conservando palabras, giros y expresiones, recuérdese el cambio de la “o” por la “u” en el final de las palabras, se sigue manteniendo la estructura familiar dependiente de la autoridad matriarcal, el pago de una dote por parte del hombre al anuncio del matrimonio – la costumbre del pago de “la quartilla” por parte del novio –, se le da la mínima importancia a la vida urbana, lo que favorece la dispersión de la población en pequeños núcleos cuasi tribales y endogámicos, el escaso afecto y, en ocasiones, el desdén de “los valdebezanos” a las entidades supratribales y el inmenso apego a la familia y al propio pueblo. Aún perviven usos basados en las costumbres, muchas veces al margen de la legalidad vigente. Así mismo se citan los enterramientos realizados hasta la alta Edad Media en sarcófagos antropomorfos excavados en la roca viva, tal como pueden contemplarse en las poblaciones de Munilla y Virtus.

El Valle de Valdebezana, sin embargo, fue una zona suficientemente romanizada en razón de su llana extensión, del establecimiento de la Legiones romanas en sus tierras, de su facilidad de comunicaciones con el resto del territorio y con la ciudad de Julióbriga. Y sobre todo a la fundación de un castro romano cercano a Vindia, o sobre la propia ciudad cántabra, y ocupado por la Legión IV Macedónica, en Virtus, lugar donde se firmó el armisticio, que no la paz como demuestran las sucesivas

campañas durante los años 24, 22, 20 y 19, entre Augusto y los cántabros a las órdenes del Caudillo Corocota.

Fueron tan fieles a sus costumbres y tradiciones, en ningún caso fueron reducidos por los pueblos bárbaros godos manteniendo una precaria independencia del resto de la península, que incluso en el siglo VI se seguían gobernando por sus propias asambleas tribales, hasta que fueron atacados por Leovigildo quien les arrebató y destruyó su ciudad señera de Amaya en el año de 574. Al propio tiempo San Millán, y los monjes que lo acompañaban, iniciaron entre ellos la difícil tarea de predicar el cristianismo. A partir de la invasión de los árabes, en los primeros años del siglo VIII, los cántabros se unieron con los astures y vascones para oponerse al avance de las tropas mahometanas y lograron evitar la conquista del norte de la península, desde donde se inició la reconquista.

Bibliografía consultada: *Los pueblos del norte de la península ibérica (Julio Caro Baroja)*

*Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma (A. Schulten)*

*Cantabria romana (A. García y Bellido)*

*Los Cántabros (J. González Echegaray)*

## Desde la Edad Media hasta nuestros días

Con Alfonso II rey de Asturias, llamado "El Casto", en los años finales del siglo VIII y principios del IX comienza la repoblación de las tierras, que es la primera forma de iniciar la Reconquista. Hay prisa por buscar espacio vital para las multitudes que viven amontonadas en los remotos e inaccesibles valles de la cordillera Cantábrica. Así es como el abad Vitulo se dirige hacia las primeras estribaciones de la cordillera y funda nuevas poblaciones, entre las que destaca Area Patriani (Espínosa de los Monteros) en el año 800. El conde Gundesino se adentra más hacia el norte y el oeste fundando Sotoscueva y Bricia en el 811. Todas ellas son colonias de agricultores y pastores que llegan con sus aperos y rebaños y se establecen en los valles y llanuras, mientras que los guerreros lo hacen en las alturas, con el fin de proteger a sus vasallos.

En el año 814, los Anales Castellanos registran un éxodo compacto desde los Picos de Europa hacia el norte de Palencia y Burgos.

Se puede afirmar por tanto que la población y colonización de manera estable del Valle de Valdebezana son llevadas a cabo por los vascones por medio de la repoblación iniciada por el abad Vitulo hacia los años 880 y continuada por el cántabro-astur Conde Gundesino entre los años 811 y 814, en que podemos considerarla como definitiva.

Estas poblaciones de las estribaciones de la parte más oriental de los montes cántabros, las tierras del Monte Vindio donde habitaban los vadinienses, fueron el germen del nuevo reino de Castilla, al que dieron su propio nombre. A medida que se iban creando nuevas poblaciones se levantaban castillos desde los que los señores defendían los cultivos y ganados de los colonos. Esta zona es repoblada fundamentalmente por vascones en la zona oriental y cántabros en el centro y el oeste. Estos



re pobladores están muy poco romanizados y exigen la concesión de fueros que resguarden sus derechos consuetudinarios y costumbres. Así se conocen los fueros de Brañosera, Castrosiero, Berbería, San Zadornil y, por lo que a Valdebezana interesa, los fueros de Barrio y de Bricia, a los que sin duda estuvo acogido. Los foramontanos se establecen como pequeñas repúblicas independientes, con sus propias leyes, sus propias costumbres y los fueros otorgados. Para la impartición de tan antiguas y complejas leyes se ven obligados a crear la imagen de un hombre bueno que se encargará de administrar la justicia, aplicar los fueros y dirigir a las poblaciones en su lucha contra las razzias constantes de los árabes.

Con la llegada al trono de Asturias de Ordoño I en el año 850, se legaliza esta situación colocando esta zona oriental de su reino bajo la protección de un pariente suyo, el conde Rodrigo quien repuebla la destruida ciudad de Amaya y ataca sucesivamente a los moros en Pancorbo y Talamanca. Sin ninguna duda los hombres de Valdebezana participaron como guerreros en estas gestas.

Los diferentes condados de Castilla, templados por la lucha, fuertes con la riqueza y el botín y orgullosos de sus fueros comienzan a constituirse en una preocupación para los gobernantes por sus particularismos. Se van sucediendo los condes – jueces que intervienen cada vez más decididamente en la política del reino de León y en las guerras internas de sucesión y contra los árabes en pos de la reconquista de los territorios. En el año 1.000 el condado de Castilla está bajo la legislatura del Conde Sancho, llamado el *Conde de los buenos fueros*, casado con una hermana del rey Sancho III de Navarra, llamado El Mayor.

Se trata de un gran legislador y mejor guerrero, pero muere prematuramente en el 1.017 y deja como heredero a su hijo García, un niño de tan solo 9 años. Cuando el joven García cumple 19 años decide casarse con la princesa Sancha, hermana del rey de León, donde se dirige

acompañado por su tío Sancho de Navarra. Allí es asesinado, el año 1.029 por los Vela, unos nobles alaveses que habían sido despojados de sus bienes por su padre.

Al quedar vacante la sucesión al condado, Sancho III de Navarra, casado con su propia sobrina Munia, hermana de García, toma posesión del condado para incorporarlo al Reyno de Navarra. Esta situación se prolonga hasta que el rey de Navarra es vencido en la batalla de Atapuerca en el año 1.054 con lo que Fernando I, último conde de Castilla y primer rey de Castilla y de León incorpora a su reino todas las tierras del condado de Castilla.

El Valle de Valdebezana, como parte del condado de Castilla pasó por todas estas vicisitudes, por lo que se puede deducir la relativa independencia de que gozó hasta principios del siglo IX en que queda incorporado, posiblemente dentro del alfoz de Bricia o del de Sotoscueva, al naciente condado de Castilla hasta el año 1.029 en que pasa a depender del reino de Navarra, y al reino de Castilla y León en 1.054.

La repoblación de las tierras de Valdebezana por parte de gentes venidas de las tierras vascas entre los siglos VIII y IX, así como su pertenencia durante veinticinco años al reino de Navarra queda patente por la gran cantidad de términos y palabras a las que alude nuestra propia toponimia. Con respecto a ello baste citar todas las que aluden a los bascones (Villa – BASCONES).

La segunda mitad del siglo XI, así como los siglos XII y XIII sigue una trayectoria unida al Reino de Castilla con una marcada tendencia feudal en su estructura económica y la política basada en el sistema de merindad, con administración por medio de los concejos abiertos (asamblea de todos los vecinos) quienes se ocupaban de la toma de decisiones en todo lo ateniende a la comunidad.

La alta Edad Media, en los siglos XIV y XV, encuentra el Valle de Valdebezana enfrentado consigo mismo, dividido en dos bandos y con frontera entre el marquesado de Cilleruelo de Bezana y el señorío de los Porras.

Una línea imaginaria que se pudiera trazar entre Las Torres y el alto del Escudo podría delimitar la frontera entre ambos dominios.

Así el marqués de Cilleruelo de Bezana, partidario del duque de Frías, levantaba su castillo de defensa – desaparecido entre finales del siglo XIX y principios del XX – en el pueblo de su nombre para oponerse a su rival, el noble Porras partidario del marqués de Espinosa de los Monteros, quien tenía su castillo – que hoy día aún se yergue orgulloso – en la Villa de Virtus.

Los siglos XVIII y XIX encuentran a Valdebezana dedicada a sus quehaceres fundamentales, agrícolas y ganaderos. Pero comienza a despuntar una nueva actividad: la hostelería.

Lugar de paso obligado entre el mar y la meseta, toman gran importancia como ruta comercial los dos “caminos reales” – actuales carreteras N. 232 y N. 623 – que atraviesan el valle. Así encontramos lugares y pueblos que crecen a partir de mesones (Me – SONCILLO, Quintanaentello – QUINTA de don Tello –, PARADORES de Bricia en el alto de Carrales), grandes casonas de piedra fácilmente reconocibles para este fin, en la casi totalidad de los pueblos. Prueba de la pujanza comercial del valle son las construcciones civiles, como las casas y la plaza de Soncillo, y sobre todo religiosas, iglesias de estilo neoclásico y racionalista propias de esta época de florecimiento económico en la práctica totalidad de los pueblos, añadidos en forma de nuevas capillas y pórticos a las construcciones románicas y tardogóticas ya existentes, como son los casos de las Iglesias de Virtus, Montoto, Bezana y Argomedo. La importancia, antaño militar y estratégica de los pueblos, Virtus y Hoz de Arriba, va

dejando paso a la nueva pujanza comercial de las encrucijadas de caminos y lugares de reposo, de los cuales son ejemplos sintomáticos Soncillo, Cilleruelo de Bezana y Cabañas de Virtus.

La aparición de los nuevos medios de comunicación, más rápidos y con menores necesidades de parada y estancia – como es el caso del tren, de los automóviles y autobuses – relegó la actividad hostelera e hizo retroceder de nuevo a Valdebezana a su época anterior de economía puramente agrícola durante la primera mitad del siglo XX. La revolución industrial de los años 60 y 70 contribuyó a la práctica despoblación del Valle que lo ha llevado a su actual situación.

#### Bibliografía consultada:

*F. De Sota (Crónica de los príncipes de Asturias y de Cantabria)*

*T. Berganza (Antigüedades de España)*

*E. Serrano (Fuentes para la historia de Castilla, El obispado de Burgos y Castilla primitiva)*

*J. Pérez de Urbel (Historia del Condado de Castilla)*

*C. Sánchez Albornoz (Orígenes de Castilla, Origen de las libertades castellanas)*

*J.M. Ramos Loscertales (Los jueces de Castilla)*

José Luis Abad Peña

Secretario de la Asociación Cultural Amigos de Virtus

Avenida Zaragoza nº 71, 3º

31.005 Pamplona